

PARTE IV:

Más allá de los confines patrios tradicionales: exploraciones al Pilcomayo

Consignamos en la Parte IV las exploraciones al Pilcomayo, en el horizonte geográfico más amplio del Chaco. Por tal razón, insistiremos en el documento IV.4. Otras exploraciones se dieron; pero, por el carácter de nuestras ediciones, nos detendremos en las que estuvieron presentes los franciscanos. Tenemos 4 de ellas: la de 1863, firmada por el Padre José Giannelli, las dos de 1882 y la de Arthur Thouar, de 1886, por el Padre Doroteo Giannecchini. Ninguna llegó a su destino final, que era Asunción del Paraguay. No por eso desmerecen ser conocidas por sus aportes geográficos, de flora y fauna, y por las indicaciones de asentamientos humanos de los pueblos originarios y criollos.

Más completa es la relación de Giannecchini, referente a la expedición Thouar. El libro nos da tres fechas. Primero, en la nota “Al lector”, del Padre Giannecchini, lleva la de septiembre de 1888, la de publicación en Asís, de 1896, y la del revisor de la orden franciscana, de octubre de 1895. Por tanto, resulta que el manuscrito habría sido concluido en 1888 en la Misión de San Francisco Solano, en el Pilcomayo; y que el autor estuvo en Roma antes del 10 de octubre de 1895, fecha de la carta del revisor de la orden franciscana. Por el mismo Giannecchini (ver: “Biografía”, escrita de su puño y letra hasta al año de 1899), sabemos que salió para Italia el 13 de mayo de 1895 y que regresó en noviembre de 1896. Él anotaba que en tal estadía editó: *Diario de la expedición exploradora boliviana* (Asís, 1896) y *Las Reglas elementales de la lengua chiriguana* (Lucca, 1896) del Padre Alejandro Corrado.

La expedición, inconclusa, terminó en Caiza el 19 de octubre de 1887. Sus páginas son un sucederse de dificultades, incertidumbres, contactos con personas, averiguaciones, y de susceptibilidades entre los miembros de la expedición y, finalmente, la acusación de haber el Padre traicionado los objetivos de tanta fatiga, lo que equivalía a responsabilizarlo del fracaso. Nos hemos demorado en la sucesión de fechas para indicar un posible conocimiento, de parte del Padre Giannecchini, de los escritos de Arthur Thouar. Éste publicó, en 1888, *Al público* (Sucre) y *Explorations en Amérique du Sud* (Paris, 1891). Pensamos que el Padre Doroteo los tuviera a la vista por la abundancia de documentos probatorios de sus afirmaciones, puestos en pie de página. Más allá de las motivaciones de defensa, su *Diario*, es una joya: las zonas chaqueñas y la cuenca del Pilcomayo son itinerarios de belleza, asombro, ansias y de participaciones en una historia que dejó huellas de sufrimiento.

La civilización en las riberas del Pilcomayo

El libro de Jaime Mendoza, *La tragedia del Chaco* (Sucre, 1933), nos hace conocer cómo en la historia colonial, las zonas periféricas sufrieron dificultades de comunicación y cómo los Estados, nacidos de las guerras de



Arthur Thouar. Fotografía enviada por el explorador al P. Sebastián Pifferi. A. F. T.

liberación, a la hora de delimitar fronteras, se olvidaron de ser latinoamericanos. Así, la cuenca del Pilcomayo fue asignada a los conflictos de límites entre Paraguay, Argentina y Bolivia. Su geografía, desde Paraguay hacia Bolivia, fue la más transitada por los Padres jesuitas. Sus Misiones de Chiquitos estaban incluidas en la Provincia religiosa del Paraguay y por eso necesitaban consolidar caminos de Asunción, río Paraguay, Puerto Pacheco y Chiquitos. En la vía del Pilcomayo, se encuentra el nombre del Padre Gabriel Patiño, como Salto Patiño, que es un conjunto de cascadas. Él mismo no pudo seguir adelante por las intromisiones de los tobas, chorotis y tapietes. Era el año de 1721. De los intentos posteriores, en el convento de Tarija se mantenía la opinión que el Padre Miguel Peña, en 1764, llegó a Charcas bordeando el famoso río. Se trataba de un esfuerzo personal apoyado por el conocimiento de las lenguas locales.



La connotación de “expedición” sobreviene con el surgimiento de la división entre los Estados, donde Bolivia y Argentina estaban interesadas en demostrar que es posible la navegabilidad del río Pilcomayo: Bolivia con la voluntad de resolver el antiguo proyecto de conectar una vía de aguas hasta Buenos Aires, y Argentina por sus miramientos al dominio de la margen derecha. Estas proyecciones de estrategias de Estados se sobreponían ahora a la avanzada de los tarijeños hacia el Chaco. La punta de lanza era la concentración blanca en la colonia de Caiza, que marcaba una línea de ataque desde Palos Blancos hasta Yacuiba.

Se debe asentar que el territorio desde Tarija a Caiza estaba puntuado de fortines con presencia permanente de soldados. Sobre esa fuerza militar se enlazaban las expediciones, que aumentaban la visibilidad de las armas en una percepción de conquista. Ya hemos indicado la acción del general Manuel Rodríguez Magariños, que en 1843, con 43 hombres, zarpaba hacia

Asunción. Los bancos de arena y el desigual fondo del río atraparon los tres navíos en las dunas de las riberas. Le fue forzoso volver después de haber surcado 155 Kilómetros de agua (Díaz Arguedas J., *Expedicionarios y Exploradores del suelo boliviano*, La Paz, 1971, pág. 84). Las relaciones con los pueblos originarios fueron en un comienzo de amistad y después de guerra. Jaime Mendoza anota que “Varios millares de víctimas, entre muertos, heridos y prisioneros, fueron el botín” (Mendoza, J., *La tragedia del Chaco...*, op. cit., pág. 235). Al uruguayo Magariños, inmediatamente sucedió el belga Enrique Van Nivel, que presente en la expedición anterior, decidió usar embarcaciones más livianas. Se lanzaba a la aventura con 64 hombres. Esa exploración también tuvo que replegarse hacia Caiza. Los indígenas fueron los guías; el desentendimiento se dio cuando cundió la desesperación por el atraso, que comprometía la supervivencia; y el espejismo de las aguas que alejaba siempre más a Asunción. Por tales razones, el explorador probó el saber del guía Yunai, azotándolo bajo acusación de haber mentido.

Mientras tanto, si bien con características y objetivos diferentes, paralelamente a las colonias se habían establecido las reducciones, las cuales estaban sometidas a doble interpretación desde los pueblos originarios. Por eso, San Antonio fue abandonado por los matacos. El Padre Giannelli, que fue el animador de las fundaciones, entendía que era necesaria una ampliación de la región misional. La lograda era una línea que unía Aguairenda a Tarairí; línea muy cercana a los pueblos de los blancos y alejada de los pueblos originarios. Sin refuerzo del conjunto, no era posible mantener la unidad de las partes. El ensanchamiento era posible tan sólo hacia río abajo. La ocasión propicia se presentó porque Tarija quería ver flamear la bandera de Bolivia en aquellos parajes en contra de las pretensiones de Argentina. El Padre Giannelli renunció a la nominación de responsable y aceptó la de “Pacificador de los bárbaros del Chaco”. Fue nombrado responsable el teniente coronel de la Guardia Nacional, Cornelio Ríos. Muchos autores, basándose en el libro de Díaz Arguedas, atribuyen tal fatiga a Andrés Rivas, fechándola en 1864. Según el documento IV.1, éste fue tan sólo el constructor del fortín de Bella Esperanza. La expedición llegó hasta los bañados, y desde allí, contra los ruegos del Padre Giannelli, volvió atrás por el amotinamiento de los soldados. Como hemos ya afirmado (PARTE I), llegó a Asunción la carta que el Padre había escrito al Obispo de la capital, entregada a los indígenas. La respuesta se perdió entre Caiza y Villa Rodrigo. Lo que se logró fue mérito de los pueblos originarios esparcidos en las riberas del Pilcomayo, donde se vivieron también días de fiesta, pactando paces. El Padre Giannecchini nos indica otra expedición, sin precisar nombres, acciones y éxitos, en el año de 1866.



Otros tiempos se preparaban en Tarija con la creación de la “Sociedad Porvenir de Tarija”, instituida el 16 de marzo de 1867. Según Bernardo Trigo (*Las tejas de mi techo*, Tarija, 1991) sus estatutos presuponían una “Sociedad de operaciones” y los objetivos de “abrir un camino a la margen occidental boliviana del Río Paraguay, fundar allí un puerto y establecer colonias en los puntos necesarios”. A cambio, se pedía “el 50% de los derechos de importación y exportación, una legua de tierra a cada lado del camino, y derechos de propiedad en cada colonia. A los 24 años, el Estado entraba de propietario, pagando el justo valor de las tierras, estancias y dependencias, así como puestos comerciales realizados” (*Ibidem*, pág. 157).



La amalgama entre gobierno central y contraparte tarijeña empezó con el partido liberal, a partir de los años 1880, cuando el impulso de las expediciones tomó un énfasis extraordinario. En ese momento surge también el nombre del Padre Doroteo Giannecchini por la ayuda prestada a J. Crevaux en 1882 [IV.3], la participación en la de Andrés Rivas [IV.2; IV.3] y en la de Thouar de 1886 [IV.4]. En 1883, se realizó la de Daniel Campos, que se fue por las reducciones en calidad de “Delegado” y envió un informe muy negativo sobre la situación al gobierno central; posiblemente fue el que entorpeció el avance positivo, abriendo proyectos de dominio sobre la región por puestos de empleos gubernamentales o por acaparar bienes. Siempre en el libro de Bernardo Trigo, se dice que en 1883 la Subprefectura del Gran Chaco se ocupó de dar garantías para haciendas y vidas de los pobladores blancos, y de fundar una “oficina en Caiza, con ramificaciones en Caraparí, Yacuiba y San Antonio para atender quejas de los pobladores; asimismo, la “organización de un piquete ambulante de ‘Columna de Colonias’, formada por hombres del lugar. Se le autorizó instalar ‘puestos’ en los parajes que fuesen de urgencia y que la organización de piquetes militares, por falta de fondos, podía recurrir a utilizar nativos [“civilizados”] sin goce de haberes, prometiendo el Gobierno procurar una suma de pesos para después”. A renglón seguido, se anuncian batidas contra los salvajes, que por la región de Itiyuro habían asaltado las haciendas de los pobladores. Se formó un grupo de voluntarios, que con veinte fusiles recorrió las regiones “atacadas de Itiyuro, Campo Largo y tomando la senda del Pilcomayo, avanzó treinta leguas” (*Ibidem*, pág. 159). Anota, también, el caso del subprefecto Soruco, que andando de exploraciones con el potosino teniente Rosales, éste “ordenó victimar a los habitantes del rancherío en Ibiripoyo, lo que hizo reaccionar al señor Soruco a favor de las posibles víctimas. También los soldados se rehusaron”. El resultado fue que el gobierno central encontró “culpable” al

subprefecto, que para salvarse de la pena, tuvo que escaparse a la Argentina, (*Ibidem*, págs.159-160). Al mismo tiempo, desde Argentina Enrique Ibarrieta se acercaba al Pilcomayo y por él, Campos afirma “La expedición última de (Enrique) Ibazeta (Ibarreta) da parte de tres combates presentados por las tribus, en la no dilatada zona hasta su arribo a Caiza” (*Ibidem*, pág. 245).

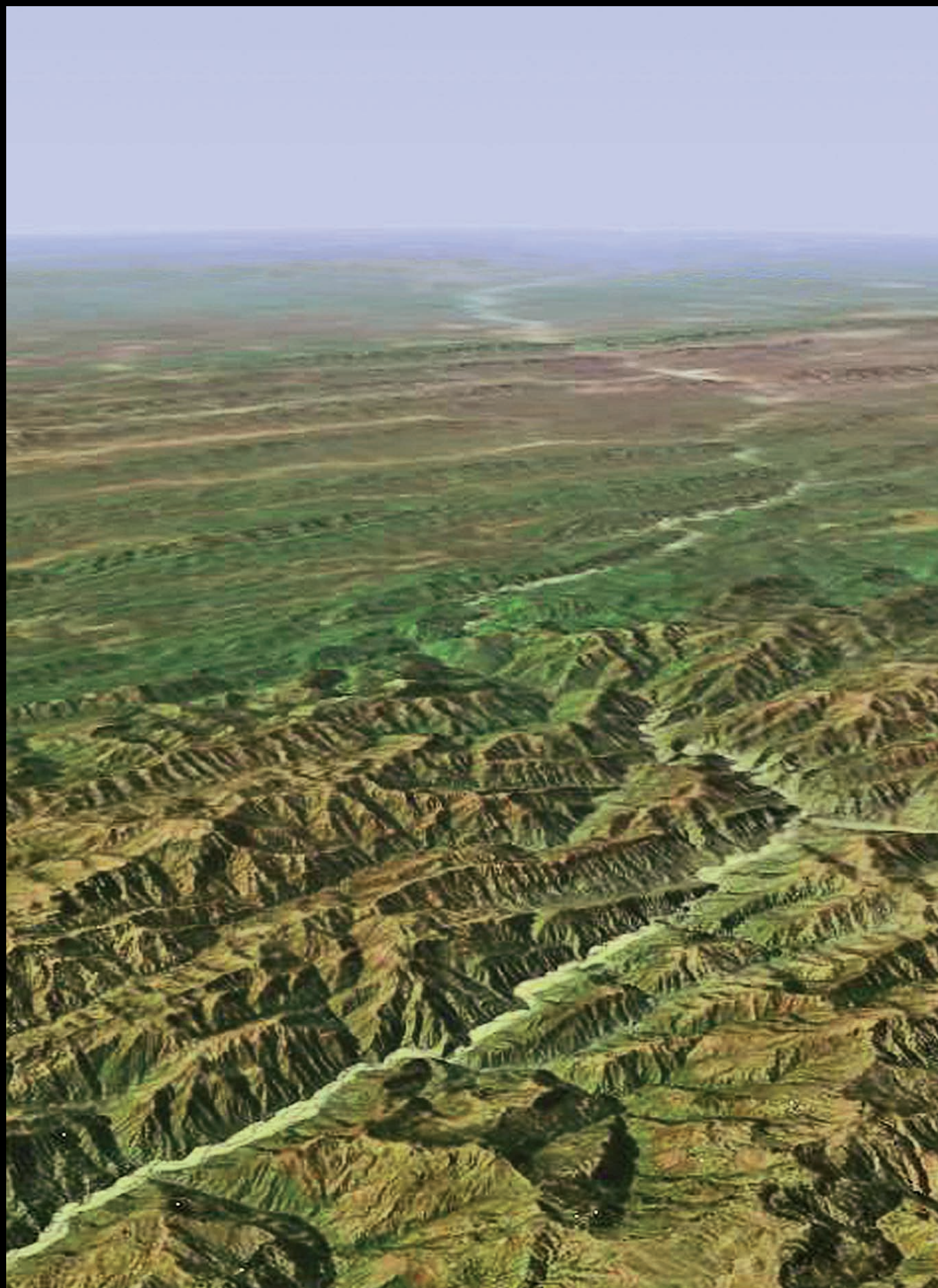
La expedición J. Crevaux terminó con el asesinato de todos sus componentes, con excepción de un niño; la de Rivas se volvió a Caiza; la de Daniel Campos llegó a Asunción porque fue salvada por cazadores paraguayos, estando todavía a 150 Kilómetros; y la de Thouar, perdida por 11 meses en el Chaco, igualmente se reencontró en Caiza. Las expediciones de Rivas y Thouar fueron las que más comprometieron el nombre del Padre Giannecchini en su participación como Capellán castrense.

Mujeres tapietes del Ioso.

Cuando murió el Pilcomayo y su gente

Si aceptamos un tiempo entre decisión y realización, la expedición indicada por Giannecchini en el año de 1866, correspondería a la descrita por Corrado, de 1867. Si esto fue verdad, más aclaraciones de la misma nos vienen del documento IV.18 y del libro de Bernardo Trigo, *Las tejas de mi techo*, pág. 171. Este autor escribió que la “valiosa expedición con escuadrones de la provincia de su mando” fue a cargo del doctor Sebastián Cainzo. Nos informa de otra, realizada bajo la guía de don Eugenio Raña, como Subprefecto de Salinas en el año de 1868. Por la primera, el señor Trigo vitorea éxitos de pacificación con los tapietes en el Ioso, y por la segunda, nos dice que Raña “batió a los salvajes” y que en Macharetí “repartió tierras a sus soldados, estableciendo una verdadera columna. Un año después, se fundó la Misión de Macharetí”.







Completamente diferentes son las informaciones que nos da el Padre A. Corrado. La expedición empezó entre pareceres en contra de ella, especialmente de parte de los franciscanos, por los hechos ocurridos en septiembre de 1867 en Bella Esperanza. Dos soldados del fuerte, Condori y Pino, instigaron a los tobas a fin de que lo destruyeran. Así fue; y tomaron prisioneros a las pocas personas residentes, incendiaron y robaron el ganado, llevándose a Cabayurepoti con los cinco cautivos y los dos apóstatas (Corrado A., *El Colegio Franciscano...*, op. cit., pág. 435). La noticia llegó a Caiza, “donde estaban reunidos los escuadrones fronterizos, a más de un cuerpo de tropa de línea, que había dado el gobierno para escoltar una expedición al Paraguay, que debía emprenderse en aquellos días” por una sociedad anónima de Tarija” (*Ibidem*, pág. 435). Se mandó que los tobas de San Francisco fueran a dialogar con sus paisanos. Restituyeron los dos hombres, pero no una mujer con sus dos hijos, pedidos por los tobas a cambio de la restitución del hijo del cacique Cayutii, cautivo de los caiceños. “Los cristianos prometieron, y no cumplieron; ni los tobas dejaron a sus presos”. Además, las personas en reducción no aceptaron ir a la expedición “porque de hacerlo, se veían obligados a dejar por aquel año sus siembras, de las cuales depende toda su subsistencia. Se pensó que aquella negativa había sido sugerida, y era fomentada por el egoísmo de los conversores, que se esforzaban en impedir por todos los medios la expedición, cuyos resultados temían, como perjudiciales al monopolio que ejercían de sus indios. Al salir ufanas de Caiza, las tropas expedicionarias, se maldijo a los frailes enemigos del progreso, y se soltaron contra ellos palabras de amenaza para el tiempo del regreso” (*Ibidem*, pág. 436).

Río Pilcomayo.

Al lado: foto satelital de la Cuenca del Pilcomayo.

Se marchó en los primeros días del mes de octubre. El relato del Padre Corrado dice que la expedición guiada por un tapiete, equivocó el camino; en lugar de ir camino a los tobas hacia el Paraguay, se fue al norte, a las tierras de los tapietes. La noche de Todos Santos, “fue acercándose un buen número de tapietes, y llegando secretísimamente al campo, traspasaron con sus agudos venablos a los dos primeros que encontraron, dejándolos cosidos en el suelo. Luego principiaron a arrojar una lluvia de dardos sobre aquella tendalera de dormidos. Pudieron al fin hacer algunos tiros; más los nuestros, que se los figuraban siempre cercanos, continuaron toda la noche en hacer fuego” (*Ibidem*, págs. 438-439). No resulta ningún apoyo para la fundación de Macharetí. Bernardo Trigo Hevia y Baca (Documento III.18) en su testimonio al Prefecto Lemoine, hizo pasar por tarijeños a los neófitos de Chimeo, Aguirenda y Tarairí, que efectivamente fueron presentes.



Se puede observar que las intenciones de guerra eran implícitas en la asociación “El Porvenir de Tarija”, sea de parte de sus componentes, sea del Estado, que compró 10 acciones y envió “cien fusiles corrientes de una onza de calibre” (Trigo B., *Las tejas de mi techo*, op. cit., pág. 157). Será precisamente el enlace entre Ministerio de Colonias y Guerra, bajo cuya responsabilidad quedaban los pueblos originarios, la asociación y la Subprefectura de Salinas, los que impondrán directivas agresivas hacia los pueblos originarios chaqueños y más directamente hacia los del Pilcomayo. El incentivo del “progreso” era justificativo para cada una de las instituciones nombradas, que hasta 1867 habían desarrollado planes y estrategias de circunstancias locales. Ahora, la acción más decidida del Estado transformaba la oposición de salvajes/civilizados en política de guerra, en dimensión del país. Con tal actitud se generaba otro problema, que era el conflicto, ya no tácito, entre grupos civiles y militares de la zona y los franciscanos. No creemos que la opinión pública de Tarija estuviera plenamente en conocimiento de los hechos chaqueños, con excepción de los prefectos, que equilibraron las decisiones de mayor tragedia, sobre todo cuando el bloque expedicionario se hizo muy ocurrente y tupido. Para la puesta al día de sus informaciones, podemos pensar que los acontecimientos retumbaban en el convento de San Francisco y que éste los pasaba a las autoridades del momento.



Los documentos que transcribimos sobre expediciones, nos relatan a través de la pluma de los franciscanos, no tan sólo los hechos sino también la comprensión que de las exploraciones tenían los pueblos originarios. Ellos percibían que la historia anterior iba a repetirse. A las fronteras móviles de Palos Blancos, Caiza y Yacuiba se trazaba otra línea de penetración, más peligrosa todavía, que les quitaba el río Pilcomayo, que para ellos era asunto alimenticio, razón de intercambios de bienes con los pueblos vecinos y, por tanto, fundamento de la estructura económica, social y política. El hombre blanco, que se presentaba numeroso, armado y decidido, reavivaba en la mente de los tobas, tapietes y guaraníes un factor de beligerancia sangrienta. Y la respuesta fue siempre puntual, si bien nunca de guerra abierta. Ya las zonas guaraníes estaban acorraladas desde Santa Cruz y Chuquisaca. Quedaba libre el corazón desde Tarairí, Guacaya y Cuevo; las otras partes

eran vulnerables y por ende consideradas periferia, que había que defender para salvaguardar el núcleo central, que mantenía intacta la unidad y posibilidad de interconexiones internas, con la facilidad de atacar y retirarse. El Padre Corrado que vivió todos los acontecimientos, precisa siempre nombres de lugares, de personas y circunstancias.

Si entre los conflictos se pudo implantar la tercera vía (así hemos definido al régimen reduccional) significaba que eran posibles horizontes de paz. La negativa guaraní y de los otros pueblos al proceso de acercamiento mutuo, más allá de la oposición socio-cultural, se inscribió en la gratuidad de la violencia generada por los blancos. En 1840, el gran cacique Pasanna recibió en su asentamiento a los blancos, que se presentaron con dádivas. Reunidos alrededor de los últimos, al tercer día de convivencia en Caritati, éstos generaron una gran matanza, “cuando a la señal del gobernador, cerrándose los nuestros en círculo, acorralaron aquella inerme manada de salvajes, y precipitándose sobre ellos, los degollaron a todos, sin que uno solo de ellos pudiera escaparse. El valiente Pasanna quedó envuelto en la feral matanza. Luego, levantando los expedicionarios el campo, recorrieron como sabuesos todos los pueblos diseminados por aquella alta planicie, apresando a toda la débil chusma que pudieron encontrar; y bajando por Tarupayu se retiraron a San Luis” (Corrado A., *El Colegio Franciscano...*, op. cit., pág. 341). Lo mismo sucedió en Chimeo; y en Aguirenda fueron despojados de sus tierras. En 1875, “Antonio Menduina, Gobernador de la provincia de Acero [consiguió], desanidar de Guacaya a todos los indígenas. Entonces, para que

Río Pilcomayo.



no volviesen a ocupar aquel punto, que de lo antiguo era el principal y más fuerte baluarte de la nación chiriguana, mandó levantar en Boicovo, centro de aquella espaciosa cañada, un fortín con el nombre de San Antonio”. (Nota: Nuestros Misioneros del Colegio de Potosí, que desde algunos años asistían como curas en Güembi, lograron reducir a unas cincuenta familias guacayañas, y a una legua de San Antonio les fundaron una Misión titulada San Pascual).

“Por el entusiasmo de los expedicionarios, en veinte días estuvo concluida la obra: pero a su alrededor rugían los enemigos que después de la derrota se habían refugiado unos en Cuevo, otros en las márgenes del vecino Pilcomayo, y otros en los cerros de Caipependi. Para asegurar la estabilidad del nuevo fortín, forzoso era perseguir y dispersar aquellas hordas salvajes; y con este objetivo, el señor Mendiña envió al Comandante Eustaquio Rodríguez con un destacamento de cincuenta hombres y se puso de acuerdo con el Comandante de la provincia del Chaco. Nuestras Misiones enviaron el auxilio de doscientos flecheros; y a principios de febrero de 1875, todas las fuerzas se hallaban reunidas en la hoyada de Caipependi. Allí, después de apresadas muchas familias, mataron tumultuariamente a unos sesenta entre chiriguanos y chaneses, bajo los ojos de sus madres y mujeres, que llenaban el aire con sus lastimeros alaridos, y que fueron llevadas cautivas” (*Ibidem*, págs. 484-485).



El enemigo chaqueño obraba de noche, desde escondites improvisados y con asaltos rápidos y ataques ágiles, dando los colores de personas fantasmas. Además, el concepto de aventura era parte del espíritu romántico que aumentaba la psicología de lo sombrío y de lo salvaje como acción puramente instintiva. Las relaciones del Padre Doroteo Giannecchini insisten en esa falta de conocimiento adecuado en la evaluación de las circunstancias que llevaban a los tobas, tapietes y guaraníes a la lucha.

En sus escritos resalta con ternura el idealismo de J. Crevaux; totalmente contrarias a éste, las imágenes de Andrés Rivas y de Arthur Thouar. Para el último, llega hasta el reproche por su inhumanidad hacia rostros de humanidad, que él desconocía. De Arthur Thouar ha salido la edición castellana de su diario (Thouar A., *A través del Gran Chaco: 1883-1887*, La Paz, 1997).

